

Sociología

I POBRE NIÑEZ VENEZOLANA!

(A PROPOSITO DE
UNA CAMPAÑA)

Escribimos este artículo mientras la opinión pública se conmueve: con una campaña periodística promovida contra la vagancia y delincuencia infantil; con la acusación —en pleno Concejo— de la Sra. de Baiz; con las declaraciones a la prensa del Presidente del Consejo Venezolano del Niño; y con varios artículos dispersos en otros periódicos sobre el mismo tema central.

A quienes estamos dedicados a la solución pacífica de este problema, nada puede interesarnos más que estas sacudidas a la conciencia del público, que —dicho sea de paso—, no ha sido llamado como debiera a ocupar su puesto en el banquillo del reo, durante este apasionado juicio. El Dr. González González, con todo, y con su valentía probada, inicia: "...por desgracia (el dinero necesario para la solución del problema) tampoco sale de los particulares, cerrados, salvo excepciones, a todo lo que sea mejoramiento social. Ya vimos que en la colecta de Pedro Alcántara, cierta minoría super-millonaria colaboró, en recolección especial, con poco menos de un mil bolívares. Así es, por lo general, la conciencia social del particular"

Pero al mismo tiempo, sentimos que problemas tan agudos, no sean tratados con la profundidad y serenidad que exigen los males sociales cuando se denuncian ante quienes pueden y deben remediarlos —aquí, autoridades y público.

Sin ir más lejos, al asegurar que el mal radica en la familia —así lo sostuvimos no hace tanto en nuestros ECOS del Hogar de la Virgen de los Dolores—; generalmente se cierra contra los hogares de donde proceden esos niños; y no se distingue, como se debiera, entre familias mal constituidas, mal preparadas y mal favorecidas. Pues siendo la raíz del mal diversas, diversas han de ser las medicaciones, y conformes al caso.

Familias de donde proceden-

Que las familias de donde proceden esos pobres muchachos estén mal constituidas generalmente, es cierto. Y cifras hablan. Para nuestro problema, recordemos las que da el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social: de 198.773 nacimientos —año 1949—, son legítimos, 81.594; ilegítimos reconocidos, 13.903; ilegítimos no reconocidos, 103.276.

Pero sobre estos datos —hemos de hablar en católico—, queremos recordar que los "reconocidos" han llegado también a este mundo por la puerta del pecado, y que muchos de los que en estadísticas oficiales se admiten como legítimos, no lo son según la ley de Dios.

Es decir: que como un setenta por ciento de esos niños, han sido engendrados fuera del santo matrimonio; han nacido, y por ende se han levantado, sin las garantías que ofrece, y sin los auxilios que da el sacramento católico.

¿Cómo, por consiguiente, ese pobre niño va a ser considerado por sus padres como la bendición de Dios; ni cómo, por tanto, va a ser mirado como cosa sagrada; ni, por lo mismo, se le van a prestar todas aquellas consideraciones que le retengan dentro del santuario familiar y en lugar muy alto?

¡Con qué dolor de corazón oímos decir cierto día a uno de nuestros muchachos, en momentos en que se creía solo:

“¡Esos (aquí una palabrota) padres de úno, que lo echan al mundo, y después, ahí te arregles. . .!”

Familias mal preparadas.-

De la familia mal preparada, sería mejor no hablar. ¡Sí —en muchísimos casos—, ni las mismas familias de elevada posición social, están preparadas para la altísima función!

Tenemos Universidades en que se capacitan con largos estudios, médicos, abogados, ingenieros, etc. ¿Dónde, —no digo ya Universidad—, dónde siquiera la Escuela en que se preparen los novios para la transcendentalísima misión de labrar los sillares del edificio social, del que aquellos profesionales son tan sólo —en último término—, exornadores? ¿Cuándo, siquiera, se darán entre nosotros, cursos para los futuros padres, en que con criterio cristiano, social, patriótico, se les capacite para su especie de sacerdocio? O cuando menos, ¿porqué no se vulgarizarán entre nosotros folletos en que con el triple criterio dicho, se ilustre a los próximos a casarse?

Por lo que hace a la tercera falla de las familias de que proceden esos muchachos —la angustia económica—, resulta algo peor que grotesca la actitud de quienes cómodamente arrellanados en su butaca, tabaco en una mano y whisky en la otra—, anatematizan, sin más, a los padres que dejan a sus hijos en el arroyo. Ni creo comprendan el tremendo heroísmo de aquella pobre madre que —mal menor— encerraba bajo llave la pobre ropita de sus seis muchachos; trancaba luego la puerta del rancho; y se iba, con el corazón roto a ganarse unos bolívares con que satisfacer las necesidades más perentorias, dejando a sus hijitos solos, pero no en los peligros de la calle.

Y aquí hemos de aplaudir sin reservas el concepto que hoy priva en el Consejo Venezolano del Niño, de subvencionar a las familias cuyos ingresos no les permiten dar a sus hijos, ni la educación, ni la atención que éstos precisan.

Y henos ya en un punto que quisiera-

mos tratar ligeramente —decimos mal: brevemente—, y que tampoco hemos visto enfocado siempre a la luz debida: la colocación familiar.

Es este un recurso preconizado por profesionales y diletantes. Y aun no hace tanto se abogó aquí por él durante el Seminario de Trabajo sobre la Protección de la Infancia. Otro caso, en que los principios son magníficos, mas la aplicación tal vez no práctica en ocasiones.

¿No estamos, precisamente, quejándonos de la falta de hogares debidamente constituidos entre nosotros, que es lo que origina el problema que contemplamos?

Cien mil niños —¡lo menos!— hay en Venezuela sin hogar. ¿Habrá otros cien mil hogares que quieran, puedan, deban encargarse de aquéllos?

Porque aun los preconizadores del sistema, ponen —y con razón sobrada—, los fundamentos imprescindibles, sociales, psicológicos, fisiobiológicos y religiosos sobre que la colocación familiar ha de asentarse. Y los tales fundamentos creemos se den en muy pocos de los hogares debidamente constituidos entre nosotros, para que el niño tenga “la adecuada defensa contra los sentimientos de inseguridad e inferioridad que origina su condición”. (Douglas E. Lawson). Y eso, sin hacernos eco de inconvenientes denunciados por articulistas nuestros, serios, que hablan “del niño pobre convertido en sirviente, y diferenciado necesariamente de los hijos de la casa”.

Por eso, definitivamente, el Dr. Vegas —meritorio preocupado por estos problemas—, en su célebre Plan, acota así su propio deseo de que se multipliquen las colocaciones familiares: “No es fácil encontrar hogares adecuados y que se presten a la colocación familiar. Ni tampoco ha sido sencillo escoger un buen personal para las Casas-Hogares”.

Y una vez aquí, y de las últimas palabras, queremos hacer transición natural a otro punto que desinteresadamente nos interesa.

Las Casas-Hogares.-

De las Casas-Hogares —como de la

Colocación Familiar—, había dicho poco antes: el mismo ilustre doctor, que “permiten con una buena organización, encontrar la mejor solución a cada caso.” Y nos advierte en lo transcrito, que no “ha sido sencillo escoger un buen personal para las Casas-Hogares”. Y —conocedores del asunto—, nos atrevemos a decir que no lo será.

La razón es obvia. La Casa-Hogar ha de ser en lo posible hogar. Sucédanele del que o no tuvo, o perdió el niño, ha de encontrar éste en él, además de cobijo, alimento, vestido y comprensión, sobre todo cariño. ¡Y ni con todo el presupuesto nacional puede comprarse un adarme de ese pan del corazón que es del que más hambreean esos pobres muchachos!

Permítaseme, aquí, copiarnos de algo que escribimos en nuestros ECOS.

“La Doctora Telma Reca, en *Personalidad y Conducta del Niño*, advierte esta verdad, por nuestro mal muy olvidada: “Hay un raquitismo físico, producido por la alimentación deficiente y la carencia de sol; y hay otros raquitismos espirituales causados por la falta de elementos o por acciones dañosas de índole más sutil y difícil de precisar, pero no por ello menos reales, omnipotentes y activas”.

Raquitismo espiritual.

Para nosotros, una de las formas más frecuentes de ese raquitismo espiritual, entre los niños abandonados, es el raquitismo del corazón. Faltos, por lo que sea, de cariño, el corazón se les atrofia.

A uno de nuestros Hijos del Hogar preguntábamos cierta vez, qué era lo que en su vida errabunda echaba más de menos: alimento, vestido, habitación. . .

—¡Cariño!— nos interrumpió el pobre hambriento de ese pan del corazón.

Y en cierto Instituto, ¡con qué dolor escuchamos a otro niño, que nos decía con la voz del que pide un pedazo de pan, de mengua:

—¡Padre, aquí nadie lo quiere a uno!

¡Y con qué satisfacción —perdónese-

nos la referencia: la inmodestia, no: ya que ésta es gloria que puede tener cualquiera—, con qué satisfacción escuchamos que uno de estos muchachos decía a otro que quería entrar en el Hogar:

—¡Este es el Padre que nos quiere!

Sus consecuencias.

Tres consecuencias fatales hallo yo en el raquitismo afectivo: Uno, que se manifiesta de inmediato. Otro, que tan sólo a plazo largo deja sentir sus perniciosos efectos. Y un tercero, que invade toda la vida del desamado.

Siendo como es el muchacho, por necesidad, egocentrista, el hambre no saciada de afecto lo introvierte de un modo espantoso, y lo desborda en heterofobias siniestras. Una de las más duras batallas que riñe en la educación de los muchachos, generalmente, es la de compactarlos, de conglutinarlos espiritualmente; de hacerlos sentirse hermanos. Para ayudarme en mi empeño, dí a la Obra la forma, el ambiente de hogar; dí a mis muchachos una Madre; y les procuré afecto de personas abnegadas que los quieren como a hijos.

Otro efecto de aquel raquitismo es la falta de sentimientos delicados en esos pobres. Y otro de mis empeños es el de excitarlos en los que llegan al Hogar. La delicadeza es la música más bella del corazón. ¡Y esos pobres tienen el suyo roto o atrofiado! Sólo a fuerza de interés y de cariño, las fibras rotas de esa arpa maravillosa, se regeneran, se tensan, y producen la música gratísima del espíritu afinado.

Se ha observado que, generalmente, el abandono de los muchachos es un mal que se va perpetuando de generación en generación, por una herencia fatal. Es la segunda de las secuelas del raquitismo afectivo que señalábamos antes. Muchachos levantados sin afecto, ¿qué afecto tendrán para sus hijos cuando entren por la puerta angosta de la paternidad? ¿Cómo podrán dar lo que jamás tuvieron ni sintieron? Por eso, el mal —aquel raquitismo del corazón—, si no se cura

a tiempo en esos pobres que lo padece se perpetuará en una progresión angustiosa, de consecuencias fatales. Tanto, que la autora a quien copiábamos al principio, da por imposible la educación de cualquier niño a quien le falte aquel afecto. ¡Cuánto más la de los muchachos que nos ocupan! "Privar la madre al niño —dice la Doctora Rea—, de su cariño, quita al hijo la seguridad en algo que es tan indispensable para él como el alimento y el descanso. Y esta seguridad es la base psicológica de la formación del carácter en el niño, y en el adolescente".

Perdón por la cita —larga y nuestra—; pero la creamos en su puesto e ilustradora del tema.

Y porque éste no quede fallo, hagamos mérito también —entre los que estos días han roto lanzas contra la delincuencia y vagancia infantil—, de nuestro cordial amigo, Mons. Pellín, quien a 23 de Noviembre escribía: "Sería medio también poderosísimo, favorecer sin cicatería a las obras particulares que se fundan a favor del niño. El Estado puede hacer algo; pero si al Estado se suma la iniciativa privada, puede hacer mucho más. No cabe duda —y en justicia hemos de decirlo—, que en algunas ocasiones el Consejo Venezolano del Niño ha prestado colaboración a esas obras; y esa colaboración

acrececería tanto más si se hace el cálculo de lo que cuesta al Estado un niño en una de esas casas particulares, pues de inmediato verá las ventajas económicas que se siguen de mantenerlo en estas últimas. ¿Razones? Estos que se empeñan en salvar al niño, lo hacen por amor a Dios y al prójimo. No devengan sueldo alguno, y si llegan a devengarlos, es mínimo. Economizan hasta el último céntimo, porque quieren mantener con la menor cantidad el mayor número de pequeñuelos. No es personal de divertimientos de tal suerte, que ni goza de días de vacaciones ni de días de reposo, ni tiene necesidad de ir al cine, ni de sostener a su familia. Son almas consagradas íntegramente al servicio de la causa de Dios. De allí, el que una protección amplia para que esos institutos crezcan y admitan mayor número de niños, viene a ser la mejor colaboración a la labor del Estado".

Colaboración —terminamos—, que el mismo Consejo Venezolano del Niño ha reconocido en su última Convención de Secretarios Seccionales, cuando en la primera conclusión de la Sesión segunda, acuerda así: "Estudiar la manera de aprovechar la colaboración de las Congregaciones Religiosas para atender a la solución del problema de los menores en situación irregular, con o sin trastornos de conducta".

JULIAN BARRENA, S. J.

